

El covid-19

y los sistemas agroalimentarios

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez

(Colombia, 1961-v.)

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, Especialista en Desarrollo y Mundialización de la Universidad de Ginebra, Suiza, Magíster en Paisaje, Territorio y Recursos Naturales de la Universidad Autónoma de Madrid, España, y Doctora en Agroecología, Sociología y Desarrollo Rural de la Universidad de Córdoba, España. Profesora Asociada de la Universidad Nacional de Colombia. Autora de varios libros y capítulos, y de diversos artículos. Acreedora al Reconocimiento a la Investigación en Agroecología de la SOCLA, 2015.



Resumen

El presente documento quiere aportar a la discusión sobre los sistemas agroalimentarios en relación con la pandemia ocasionada por la presencia del virus SARS-CoV-2, muy particularmente en lo referido a cómo los modos de producción, de distribución y de consumo industrializados de los alimentos crean condiciones socioambientales propicias para problemas sanitarios (para humanos, animales y ecosistemas), así como para situaciones de inseguridad alimentaria —dificultad en el acceso y aumento de los precios de los alimentos—. Para construir la argumentación, se asume la perspectiva de la agroecología política, que no solo ha elaborado una crítica a la agricultura convencional, sino que ha propuesto alternativas técnicas, sociales, políticas y ecológicas para la construcción de producciones y consumos más justos socialmente y más sostenibles ecológicamente. Se concluye que es necesario que las agendas políticas, no solo de los gobiernos, sino de las organizaciones sociales, incorporen análisis de los sistemas agroalimentarios actuales considerando los principios de la agroecología, como la soberanía alimentaria y los mercados territorializados.

Palabras clave

Covid-19, inseguridad alimentaria, sistemas alimentarios.

Introducción

¿Cómo volvemos a hacer habitable el mundo que fuimos destruyendo?
Haraway (2020)

El mundo está atravesando una situación inédita; como humanidad nunca una enfermedad se ha vivido por todos al mismo tiempo y en todas partes, lo que aparentemente nos iguala como especie en la fragilidad y la vulnerabilidad, aunque es claro que las condiciones socioeconómicas y culturales les permite a unos enfrentar la situación mejor que a otros; los riesgos son generalmente mayores para las personas y las comunidades con limitaciones geográficas, económicas y de infraestructura.¹ No es que antes no hubieran existido enfermedades virulentas, sino que ahora el contagio se ha propagado a gran velocidad, convirtiendo un brote local en una pandemia descontrolada en cuestión de semanas. En buena medida debido a la hipermovilidad y a los altos flujos de personas y mercancías, lo que ha sido presentado como un “éxito de la globalización”. Estos flujos han contribuido a generar una grave crisis sanitaria que ha desnudado otros problemas estructurales como el deterioro ecológico, la producción y el acceso a los alimentos, el desempleo, la falta de presencia del Estado en asuntos de salud, educación y desarrollo rural, entre otros muchos elementos asociados a las dinámicas de la globalización.

Estas problemáticas están interconectadas, pero se manifiestan de manera diferente en los distintos territorios por sus particularidades. En todo el mundo se han presentado restricciones de movilidad de personas y mercancías, se han cerrado muchas actividades económicas y han colapsado los servicios de salud, poniendo en evidencia que la vida humana es vulnerable y que podría desencadenarse una crisis humanitaria de grandes proporciones.

¹ El 69 % de las muertes por covid-19 en Colombia pertenecen a los estratos 1 y 2 (“Dos de cada tres muertes por covid en el país han sido en estratos 1 y 2”, 2020).

Por ello, es imperativo entablar debates críticos que permitan entender las causas y las consecuencias, para poder pensar y construir alternativas posibles, diversas y sostenibles, en una perspectiva de cuidar a las personas cuidando los ecosistemas, lo que significa un gran desafío, pero como lo ha dicho Boaventura de Sousa Santos (2005), hay que entender que afrontamos problemas modernos para los cuales no hay suficientes soluciones modernas y, al mismo tiempo, estamos obligados a pensar soluciones aunque no se hayan pensado.

El covid-19 y la superación de los límites socioecológicos

El enemigo no es el virus en sí mismo, sino aquello que lo ha causado
Svampa (2020)

La presencia del covid-19 ha hecho evidente la dependencia de los humanos de los ecosistemas —ecodependencia—, por lo que no cuidar la naturaleza significa no cuidarnos a nosotros mismos, ya que al poner en riesgo otras formas de vida animal y vegetal, así como los ciclos del agua y el aire, comprometemos también la vida humana (Anderson, 2020; Haraway, 2020 y Herrero, 2016). El ecofeminismo también ha dicho que, además de ser ecodependientes somos interdependientes, por lo que es un imperativo el autocuidado, el cuidado de otros que están próximos, pero también de aquellos lejanos, que no se conocen y que pueden ser extraños; en palabras de Rita Segato (2020), la necesidad de poner en marcha las solidaridades extendidas, porque se necesitan salidas como sociedad y como colectividad.

Desde los años setenta, las ciencias naturales han buscado llamar nuestra atención sobre los límites biofísicos del planeta, enfocados en la escasez de recursos (Meadows, Meadows, Randers y Behrens, 1972), hasta las formulaciones más recientes que establecen la capacidad de carga de diferentes ecosistemas (Rockström, Klum y Miller, 2015).

Décadas de investigaciones alertan sobre los numerosos problemas que los modelos de desarrollo generan al ejercer fuertes presiones sobre el mundo natural, con grandes consecuencias sobre los ecosistemas, así como sobre las condiciones socioeconómicas de la gente. Esto ha configurado una crisis sistémica, también denominada crisis civilizatoria, Antropoceno o Capitaloceno, conceptos que hacen referencia al dominio de los humanos sobre el planeta, basados en la explotación de los recursos en nombre de los beneficios del capital (Moree, 2016).² Jorge Riechman (2020) expresa que lo que está realmente en el centro de la pandemia es el modelo de producción —productivismo— y consumo —consumismo— que lleva decenios saqueando la naturaleza, modificando el clima y concentrando los recursos y las ganancias en pocos actores, todo ello en nombre del crecimiento económico.

Las enfermedades infecciosas, como el covid-19, están vinculadas con la creciente degradación del entorno natural por medio de las actividades mineras, la deforestación, la agricultura y la ganadería industrializadas y globalizadas, entre otras. La destrucción de los hábitats de las especies salvajes y la invasión de esos ecosistemas silvestres por proyectos urbanos o industriales crea situaciones propias para la mutación acelerada de los virus (“Covid-19 y el sistema industrial de producción de alimentos”, 2020). Rob Wallace (2016) explica que muchos de esos nuevos patógenos, previamente controlados por ecologías forestales de larga evolución, están siendo liberados, amenazando al mundo entero. El 75% de las enfermedades infecciosas tuvieron como fuente animales salvajes. Pero algo muy importante que hay que destacar, es que muchas de esas enfermedades llegaron a los humanos usando como “puentes” animales domésticos, especialmente pollos, cerdos y otros tipos de ganado. También Richter-Boix, citado por Aranda (2020), expresa que la agricultura lidera-

² El historiador estadounidense Jason Moore considera preferible el uso del concepto de Capitaloceno al de Antropoceno. En su opinión, la crisis ecológica global ha sido provocada por el capitalismo y está desembocando en un cambio de época geológica. Considera que el término Antropoceno da la idea errónea implícita de que los “humanos” (*per se*) sean los responsables de dichas alteraciones.

da por el capital, al reemplazar los hábitats naturales por monocultivos extensivos, ofrece las condiciones óptimas para que los patógenos desarrollen fenotipos más virulentos e infecciosos. Murciélagos, primates e incluso caracoles pueden tener enfermedades que en un momento dado logran saltar a los humanos cuando se destruyen sus nichos ecológicos.

El biólogo Rob Wallace (2016), ha expresado que cualquiera que intente comprender por qué los virus se están volviendo más peligrosos debe investigar el modelo industrial en la agricultura, y más concretamente la producción ganadera. Cientos de miles de animales amontonados unos encima de otros producen montañas de heces fecales que se vuelven un problema y propician condiciones para que los microbios se conviertan en agentes patógenos letales. En fincas pequeñas y medianas el estiércol es un importante abono, pero hoy es un grave problema. El autor explica que muchos de los virus que causan problemas de salud humana son de origen zoonótico,³ lo que hace que la cría intensiva de animales con genética uniforme y confinados con alta densidad de población genere ambientes muy apropiados para que estos patógenos se expresen y pasen a otras especies. Algunas evidencias son la gripe aviar y la fiebre porcina; enfatiza que la industrialización de la producción animal tiene un carácter absolutamente internacional: animales vivos, y alimentos producidos con ellos, son transportados miles de kilómetros alrededor del mundo todo el tiempo, lo que permite también el viaje de patógenos, dado que hay una pésima gestión del riesgo.

Entre las conclusiones de Wallace (2016), se destaca que el modelo de agricultura y ganadería de régimen corporativo no solo industrializa animales y alimentos, sino que también industrializa y globaliza virus. Además, plantea que los sistemas mixtos de cultivos y ganado —por ejemplo, fincas campesinas tradicionales— que permiten un manejo integrado de animales y plantas, y por lo tanto posibilidades de manejos más

³ La zoonosis es la transmisión de enfermedades entre animales y personas.

ecológicos de patógenos y estiércoles, ya están fuera de la red de los agronegocios.

Estas y otras investigaciones han insistido sobre los nexos entre la agricultura y la salud humana y ecológica, enfatizando en los grandes riesgos biológicos que se corren por el modelo de producción y consumo, pero los intereses económicos opacan las alertas tildándolas de alarmistas, “opuestas al desarrollo” o antisistema.

Otra consecuencia sobre la salud pública, producto de la intensificación de la agricultura, ha sido la disminución de la diversidad de cultivos. A pesar del hecho de que los humanos pueden alimentarse de más de 2.500 especies de plantas, la dieta de la mayoría de las personas se compone de tres cultivos principales como trigo, arroz y maíz, que proporcionan más del 50% de las calorías consumidas mundialmente. Se estima que el 75% de la diversidad genética de los cultivos del mundo se ha perdido desde la década de los años sesenta del siglo pasado, cuando se intensificó la agricultura industrial (“¿Quién nos alimentará?”, 2017). El hecho de que ahora pocas especies estén alimentando al mundo y que se produzcan en grandes monocultivos con enormes cargas de agroquímicos, aumenta los riesgos sobre la nutrición humana y sobre la capacidad de resiliencia del sistema agroalimentario mundial. La pérdida de biodiversidad y la homogeneización concomitante de los agroecosistemas tienen consecuencias importantes en la provisión de funciones y servicios ecológicos y en la sostenibilidad del sistema alimentario. El fracaso de cualquiera de estos cultivos es muy significativo para la seguridad alimentaria, afectando aún más el precario estado nutricional y la salud de las personas más pobres y vulnerables (Altieri y Nicholls, 2020).

El proyecto agroindustrial y exportador, conocido como régimen alimentario corporativo o agronegocio,⁴

⁴ El agronegocio se refiere a la agricultura como negocio y a los alimentos como mercancías, donde las corporaciones transnacionales aumentan cada vez más su influencia y control sobre la producción, la distribución y el comercio de alimentos. En este modelo, además de las transnacionales del sector agrario, químico y de alimentos, también intervienen los bancos, las compañías aseguradoras y el sector de la tecnología de la información.

está íntimamente ligado a la globalización. Dicho modelo produce alimentos que, aunque baratos, son de mala calidad y dañinos para la salud humana y ecológica, y lleva al acaparamiento de tierras convertidas en monocultivos extensivos con una simplificación radical de los ecosistemas que terminan comportándose como una suerte de desiertos alimentarios (McMichael, 2016).

Otro de los cambios importantes en los sistemas alimentarios en los últimos cincuenta años se ha dado en el sector de la distribución, el cual está altamente controlado por las grandes superficies comerciales y sus filiales, que se han convertido en los principales puntos de venta para que la gente pueda acceder a los alimentos. Así, estos grupos ejercen una enorme influencia en el resto del sistema alimentario. Según Torero (2020), más del 50% de las calorías que llegan a las mesas de la población ha cruzado al menos una frontera internacional. Por ejemplo, la soya, el maíz y la palma aceitera, base de la alimentación actual —animal y humana—, viajan de Brasil, Argentina o Estados Unidos a China o Europa, y de allí vuelven convertidas en otra cantidad de alimentos procesados, dejando una fuerte huella ecológica. Este sistema agroalimentario puede entenderse como una extensa cadena que se ha ido alargando cada vez más, alejando producción y consumo, y favoreciendo la apropiación de las distintas etapas de la producción por las empresas agroindustriales y la pérdida de autonomía de los campesinos. Por lo que se le conoce como un modelo agroalimentario kilométrico y petrodependiente (Herrero, 2016).

En este sistema los intercambios se dan sin que nadie tenga una visión de conjunto sobre las respectivas cadenas, así muchos de los alimentos que compramos no tienen historia, o la historia del producto está borrada, lo que nos lleva a un mundo sin responsabilidades ni rendición de cuentas, en el que el único enlace permitido entre la producción y el consumo es el dinero. Así se

Este fenómeno supone que haya una exacerbada desigualdad de poder; por un lado, están las transnacionales de los sectores agrícola, alimentario y comercial, y, por otro, el campesinado y la clase obrera (McMichael, 2016).

oculta el hecho relacional de que todos formamos parte de un metabolismo con la naturaleza, lo que dificulta significativamente la construcción de sostenibilidad (Leggewie y Welzer, 2010), porque el modelo, además de que no permite conocer el deterioro y saqueo de recursos de la naturaleza, tampoco permite identificar las modalidades de trabajo injustas de quienes los producen.

La disminución de la producción de alimentos locales obedece a intereses internacionales (Tratados de Libre Comercio), lo que lleva a destinar buena parte de las tierras rurales a la producción de materias primas para la exportación, que compiten con la producción de alimentos, como es el caso de las flores, el café, las frutas tropicales (banano) o los agrocombustibles (palma aceitera y caña de azúcar). Situación que consolida la concentración de la propiedad, incluyendo los acaparamientos de tierra (adquisiciones a gran escala que suelen ir de la mano del despojo de tierra de pequeños productores campesinos o indígenas); así como del agua de riego y las semillas, lo que implica, en últimas, el acaparamiento de la agricultura y la alimentación. Como lo ha planteado la organización La Vía Campesina (2020), estas dinámicas no solo son el principal impedimento para el mantenimiento y el desarrollo de las prácticas de autosustento alimentario, sino que la misma vida campesina como entidad social, cultural y económica está en riesgo de desaparecer ante el surgimiento de fábricas monumentales de alimentos procesados y transgénicos, que inhabilitan sus elementos constitutivos.

También, deben considerarse las economías ilegales, como los cultivos de uso ilícito, que son tremendamente depredadores de la naturaleza, destructores de medios de vida y generadores de una alta conflictividad social y política. Es claro entonces que aparte del daño ecológico irreversible, ello también provoca el desplazamiento de millones de personas de sus hogares y tierras, construyendo agriculturas sin agricultores y “ciudades miseria” (Davis, 2014).

Como lo recuerda Silvia Federici (2020), el programa de Ajuste Estructural está recolonizando el Tercer Mundo, privatizando tierras, aguas, semillas y otros bienes comunes indispensables para la reproducción de miles de comunidades campesinas e indígenas, y en muchos casos se ha usado la violencia para el despojo y el desplazamiento.

Colombia no escapa a esta situación, por el contrario, el país se ha convertido en importador de alimentos básicos, lo que crea una fuerte dependencia y vulnerabilidad, evidenciada en las mercancías que ofrecen las grandes superficies, que suelen comprar los alimentos en el mercado internacional, con muy poca oferta de productos nacionales.

El covid-19 y sus impactos

En el panorama nacional, esta pandemia ha hecho emerger antiguos y nuevos problemas de la agricultura y la ruralidad, muchos de los cuales son estructurales, tales como el desmantelamiento de la institucionalidad pública y el poco apoyo a la agricultura y al desarrollo rural por parte del Estado, la falta de continuidad de políticas públicas (más de gobierno que de Estado), la precarización del trabajo agrario, el endeudamiento de los productores, la pobreza rural, la disminución de la población agraria —que no encuentra continuidad generacional—, la concentración de la propiedad, la competencia por usos y actividades urbanas en suelos rurales —como el turismo de fin de semana y la segunda residencia—, la persistencia de la violencia y de las economías ilegales, etc. (Machado, 2020). A ello se debe sumar, para el mundo rural colombiano, unos indicadores de salud y educación muy desfavorables. Todas estas problemáticas han generado tensiones y vulnerabilidades, no solo para el mundo rural, sino para la sociedad colombiana, muchas de las cuales han tenido efectos acumulativos, por lo que pueden exacerbarse si no hay respuestas adecuadas que trasciendan la emergencia del covid-19.

La pandemia evidenció el complejo entramado alrededor de los alimentos (producción, disponibilidad y acceso) en nuestras vidas, lo que permite ver la centralidad del sector agroalimentario, no solo para los productores rurales, sino para los consumidores urbanos. Sin embargo, mucha de la discusión ha estado centrada en el abastecimiento, sin adentrarse en análisis estructurales que permitan entender qué está pasando en las distintas dimensiones (producción, distribución, disponibilidad, acceso y consumo de alimentos), por lo que muchas de las alternativas propuestas no solucionan el problema, sino que aumentan las desigualdades sociales y los riesgos ecológicos.

Además, el tejido socioeconómico de las áreas rurales se está viendo seriamente comprometido por las dificultades en todo el proceso de producción, desde la siembra, la cosecha, hasta la comercialización, tanto para el consumo local como para la exportación. Las cosechas y las siembras, en un primer momento, estuvieron en riesgo por las restricciones de movilidad. Hay que recordar que muchos de los trabajadores rurales son estacionales, sean recolectores, cosechadores o transportadores, y necesitan desplazarse entre localidades, lo que no ha sido fácil, dado que se sospecha que con ellos también viaja el virus (Donovan, Boa, Woltering y Linn, 2020). Por ejemplo, en el caso del café se presentan obstáculos con la recolección del grano, no solo por la poca movilidad de los trabajadores temporales, sino por el temor al contagio que ha llevado a muchos productores a contratar poco personal. Situación que también es evidente en los cultivos de frutas y verduras, donde es muy difícil guardar la distancia (“Coronavirus amenaza cosecha de café en América Latina”, 2020). A estas dificultades se suman los bajos salarios y las malas condiciones laborales de los trabajadores del sistema agrario, todo lo cual afecta el tejido socioeconómico de las áreas rurales y supone un riesgo para muchos de sus habitantes. Otro inconveniente es el cierre de vías (terrestres, marítimas y aéreas) que dificulta el transporte de alimentos, insumos y mano de obra. Muchos de los centros de acopio, o los mercados donde suelen vender sus productos o comprar sus insumos,

han sufrido distintos inconvenientes, lo que obstaculiza la continuidad de sus economías (IPES-Food, 2020).

IPES-Food (2020) reportó, para el primer semestre del 2020, un acceso reducido a la alimentación animal e insuficientes mataderos que pudieran cumplir las normas, así como la pérdida y el desperdicio de algunos cultivos. Para el caso de productos perecederos, como las frutas y las verduras, los agricultores se vieron obligados a vender por debajo de los costos de producción o a utilizarlas para alimentar el ganado. Lo que se tradujo en una reducción ostensible de sus ingresos económicos, profundizando las desigualdades existentes.

En cuanto a la comercialización, en general, las grandes superficies —más vinculadas con cadenas globales, donde se ofrece comida ultraprocesada que viene de todas partes del mundo— no cerraron ni un solo día. Pero los mercados de productos frescos —algunos de ellos informales—, vinculados a la producción campesina, más cercana y localizada, suelen asociarse con espacios que ofrecen productos de mala calidad y faltos de condiciones sanitarias, por lo que han sido objeto de normas que han expulsado a los campesinos y sus producciones no solo de dichos mercados, sino de las pequeñas tiendas. Adicionalmente, en medio de la cuarentena ocasionada por la pandemia sufrieron disminución en los horarios de atención y cierres, por argumentos de higiene o de otras normas sanitarias, sin ofrecerles una alternativa viable, por lo que estos pequeños comercializadores de alimentos tienen más probabilidad de quiebra (IPES-Food, 2020). Esto no solo es problema para los vendedores, sino también para la producción campesina familiar de pequeña y mediana escala en favor de la industria agroalimentaria (“Frente a la crisis del covid-19”, 2020). Así pues, las grandes empresas agroalimentarias y las cadenas de supermercados han ganado un gran espacio en el abastecimiento de los alimentos.

Otros perjudicados son los consumidores de escasos recursos que suelen abastecerse en estos comercios, que ofrecen comida vinculada a la gastronomía local

a menores precios. Adicionalmente, al inicio de la cuarentena se generó lo que se conoce como “compras de pánico” y acaparamiento por parte de algunos comerciantes, lo que contribuyó a la escasez de varios productos y al aumento de precios (alimentos esenciales como el arroz y los huevos aumentaron entre un 20-33 %) (“Coronavirus amenaza cosecha de café en América Latina”, 2020). Se ha generado pues una paradoja, por un lado, un aumento en los precios al consumidor, mientras que por otro los beneficios de los pequeños productores disminuyeron drásticamente.

Cada vez es más evidente que el acceso a los alimentos depende de los ingresos y el nivel de precios, por lo que desde muchos espacios se alerta sobre el aumento de la inseguridad alimentaria y la pobreza en distintos grupos poblacionales, vinculadas a la pérdida de empleos formales e informales, disminuyendo la capacidad de compra de alimentos de calidad y cantidad.

Algunas respuestas

El cuidado asume una doble función de prevención de daños futuros y regeneración de daños pasados
Boff (2017)

En medio del panorama descrito, distintos actores proponen múltiples y variadas respuestas para atender la emergencia, la mayoría de ellas de corto plazo y desarticuladas —gobiernos, entidades privadas, iglesias, bancos de alimentos, ONG—, no siendo siempre positivas en términos sociales y ecológicos. Muchos de estos programas de ayuda alimentaria respondieron tarde, con pocos recursos y comprando alimentos, a menudo de escasa calidad, en grandes superficies, privilegiando las donaciones de productos no perecederos, como enlatados y bebidas azucaradas, que en general no hacen parte de las dietas tradicionales.

Una de las medidas del actual Gobierno colombiano ha sido el apoyo a los grandes productores e importadores de materias primas o de alimentos, con muy baja

inversión pública en la agricultura de pequeño y mediano tamaño, que son los principales productores de alimentos básicos. Desafortunadamente, las políticas para apoyar la producción y la comercialización agrícola de los mismos territorios han sido escasas y, en muchos casos, lo que ha proliferado son las ayudas vinculadas al clientelismo político y a la corrupción.

Ello contrasta con iniciativas de organizaciones comunitarias que, en medio de la crisis, rehacen modos de vida y reinventan alternativas, como es el caso de muchas comunidades con fuertes procesos organizativos. La mayoría de ellas buscan fortalecer las economías locales y satisfacer las necesidades básicas; van desde las huertas urbanas, pasando por las cooperativas de producción y consumo agroecológicas, así como el trueque, fortaleciendo las relaciones locales y regionales y las relaciones campo-ciudad. Por lo que es importante que tengan voz en la construcción de salidas a la actual pandemia. Siendo además necesario y urgente que los gobiernos nacionales y regionales dejen de subsidiar con millones de dólares al agronegocio y apoyen todas estas iniciativas.

Para Kothari y Kothari (2020), muchas alternativas tienen como actores principales a las mujeres y a los jóvenes, quienes han puesto en el centro el argumento de la ayuda mutua, de nuevas formas de democracia, de equidad interna y de la defensa de la vida. Estas soluciones localizadas contribuyen a devolver la identidad, la dignidad y la suficiencia a las personas que han sido alienadas por un supuesto progreso, bajo el poder del discurso y la práctica del desarrollo.

Reflexiones finales

Aprender nuevas formas de habitar la Tierra es nuestro mayor desafío
Latour y Weiber (2020)

Esta emergencia ha permitido ver la interconexión de la economía, la ecología, la salud y la vida cotidiana

develando particularmente la fragilidad de los sistemas agroalimentarios, pues el modelo industrializado de producción y de consumo ha sobrepasado los límites ecológicos, generando un evidente deterioro de los recursos esenciales para la vida, como son el agua, el suelo, el aire, la biodiversidad, los agroecosistemas y los bosques.

Se necesitan sistemas más resilientes que ejerzan menos presión sobre la salud pública y ecosistémica, para lo que es necesario realizar transformaciones profundas, más allá de las soluciones tecnológicas y superficiales. Como dice Donna Haraway (2020), el reto actual es sembrar mundos con diseños ecológicos que reparen los daños causados. Para ello es imprescindible un cambio de paradigma que permita ir más allá de la mera atención a los síntomas con medidas paliativas, y poder transformar las causas estructurales de los problemas de los sistemas agroalimentarios y de la ruralidad, incidiendo en los patrones de producción y consumo, atendiendo la salud humana y ecosistémica.

Por lo tanto, se considera necesario y urgente transformar el sistema agroalimentario para construir alternativas desde una perspectiva social, económica y ecológica, que permitan fortalecer unos sistemas más justos, sostenibles y territorializados. Como lo ha dicho La Vía Campesina (2020), entre las tareas más urgentes está reconducir las políticas agrarias para restaurar los canales de comercialización de proximidad y venta directa, asegurar precios justos para las productoras y las consumidoras, facilitar el acceso a los medios de producción, poner freno al acaparamiento de tierras y a la especulación con los alimentos e impedir la apropiación de semillas y conocimientos.

Es importante resaltar que, para transitar hacia nuevas formas de producir y consumir se cuenta con mucha experiencia en el área agroecológica y en la agricultura de proximidad, que va desde los movimientos sociales hasta la academia (investigación y docencia). A pesar de no ser lo suficientemente valoradas y visibilizadas, tienen un eco importante como posibles alternativas al

modelo industrial y corporizado del sistema agroalimentario, así como de innovación social y política y de nuevos valores culturales.

Subrayamos que la ruralidad, la agricultura, los alimentos y los espacios naturales son de interés para la sociedad en su conjunto y no solo para la población que vive allí, por lo que debemos procurar que sean manejados y planeados con lógicas de políticas públicas y bienes comunes, y no como mercancías.

Para hacer los cambios necesarios y lograr un mundo más sostenible, evidentemente pasa por grandes desafíos, tensiones y disputas, dado que existen grandes intereses, pues por más evidencias de los daños que ocasiona el modelo agroindustrial, los actores del sector privado continúan insistiendo en un proyecto basado en la intensificación y concentración de la producción, principalmente de materias primas para la exportación, esto a pesar de que la agroecología genere mayores posibilidades en lo ambiental y social.

La pandemia ocasionada por el covid-19 exige repensar la forma en que habitamos el mundo, lo que indudablemente interpela el tipo de relaciones entre humanos y de los humanos con la naturaleza, y va más allá del desarrollo y la aplicación de vacunas, dado que ello no acata las causas a las que se hizo referencia aquí: la interrelación entre la salud humana, la salud animal y la ecosistémica.

Por último, esta crisis puede constituir una oportunidad para que el Estado colombiano dé cumplimiento a una serie de demandas de vieja data, como el reconocimiento y el apoyo a los campesinos del país, así como un mayor compromiso por medio de políticas públicas que permitan la sustitución de cultivos ilícitos y, a su vez, produzcan alimentos y contribuyan a la estabilidad social y política. El objetivo es, por lo tanto, garantizar oportunidades y derechos económicos, sociales y culturales a los habitantes rurales para cerrar las brechas de exclusión, de forma tal que tengan la opción de vivir la vida digna que quieren y valoran.

Referencias

- Altieri, M. y Nicholls, C. (2020). La agroecología en tiempos del covid-19. <https://www.clacso.org/la-agroecologia-en-tiempos-del-covid-19/>.
- Anderson, I. (2020). Coronavirus: “la naturaleza nos está enviando un mensaje”, dice el jefe de medioambiente de la ONU. <https://www.theguardian.com/world/2020/mar/25/coronavirus-nature-is-sending-us-a-message-says-un-environment-chief>.
- Aranda, D. (2020). La dimensión ecológica de las pandemias. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/256218-la-dimension-ecologica-de-las-pandemias>.
- Boff, L. (2017). *Una ética de la madre tierra. Cómo cuidar la casa común*. Trotta.
- Coronavirus amenaza cosecha de café en América Latina (2020). *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/economia/coronavirus-amenaza-cosecha-de-cafe-en-america-latina-articulo-915071/>.
- Covid-19, es urgente construir nuevos sistemas alimentarios (2020). *La vía campesina*. <https://viacampesina.org/es/covid-19-es-urgente-construir-nuevos-sistemas-alimentarios/> recuperado en agosto 03 2020.
- Covid-19 y el sistema industrial de producción de alimentos (2020). *ETC Group*. <https://www.etcgroup.org/es>.
- Davis, M. (2014). *Planeta de ciudades miserias*. Akal.
- Donovan, M., Boa, M., Woltering L. y Linn, J. (2020). No olvidemos el impacto del covid-19 en la población rural de bajos recursos y en la seguridad alimentaria. *CIMMYT*. <http://www.cimmyt.org/es/blogs/no-olvidemos-el-impacto-del-covid-19-en-la-poblacion-rural-de-bajos-recursos-y-en-la-seguridad-alimentaria/>.
- Dos de cada tres muertes por covid en el país han sido en estratos 1 y 2 (2020). *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/datos/coronavirus-fallecidos-en-colombia-por-estrato-socioeconomico-537221>.
- Federici, S. (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de Sueños.
- Frente a la crisis del covid-19: agroecología y soberanía alimentaria (2020). *SEAE*. <https://www.agroecologia.net/frente-a-la-tesis-del-covid-19-agroecologia-y-soberania-alimentaria-comunicado-de-agroecology-europe-youth-network/>.
- Haraway, D. (2020). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.
- Herrero, Y. (2016). Economía feminista y economía ecológica, el diálogo necesario y urgente. *Revista de Economía Crítica*, (22), 144-161.
- IPES-Food (2020). El covid-19 y la crisis en los sistemas alimentarios: síntomas, causas y posibles soluciones. http://www.ipes-food.org/_img/upload/files/COVID-19_CommunicateES%281%29.pdf.
- Kothari, A. y Kothari, M. (2020). We are doomed if, in the post-covid-19 world, we cannot abandon non essentials. *Open Democracy*. <https://www.opendemocracy.net/en/oureconomy/we-are-doomed-if-post-covid-19-world-we-cannot-abandon-non-essentials/>.
- Latour, B. y Weiber, P. (Eds.) (2020). *Critical zones. The science and politics of landing on earth* [catálogo de exposición]. Center for Art and Media Karlsruhe.

- Leggewie, C. y Welzer, H. (2010). Another “great transformation”? Social and cultural consequences of climate change. *Journal of Renewable and Sustainable Energy*, 2. <https://aip.scitation.org/doi/10.1063/1.3384314>.
- Machado, A. (2020). El coronavirus desnuda la crisis del desarrollo rural. *YouTube* [video]. https://www.youtube.com/watch?v=ZxJ8vG_xbCs&fbclid=IwAR1-KMIvY-puo945B6GKId-NayP0PBAGm--u2gC7dUxWukpmW8cRzLD-m7OE4.
- McMichael, P. (2016). *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*. Icaria.
- Meadows, D., Meadows, D., Randers, J. y Behrens, W. (1972). *Los límites al crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Moree, J. (2016). *Introduction. Anthropocene or Capitalocene? Nature, history, and the crisis of capitalism*. Editorial Kairós.
- ¿Quién nos alimentará? ¿La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial? (2017). *ETC Group*. <http://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc-quien-nos-alimentara-2017-es.pdf>.
- Riechman, J. (2020). La crisis del coronavirus como momento del colapso ecosocial. *Viento Sur*. <https://vientosur.info/la-tesis-del-coronavirus-como-momento-del-colapso-ecosocial/>.
- Rockström, J., Klum, M. y Miller, P. (2015). *Big world, small planet: Abundance within planetary boundaries*. Yale University Press.
- Santos de Sousa, B. (2005). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Trotta.
- Segato, L. (2020). Coronavirus: todos somos mortales. Del significante vacío a la naturaleza abierta de la historia. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/el_futuro_despues_del_covid-19_0.pdf.
- Svampa, M. (2020). Reflexiones para un mundo post-coronavirus. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/>.
- Torero, M. (2020). Un plan de batalla para garantizar el suministro mundial de alimentos. *Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura*. <http://www.fao.org/news/story/en/item/1268059/icode/>.
- Wallace, R. (2016). *Big farms make big flu: Dispatches on influenza, agribusiness, and the nature of science*. Monthly Review Press.



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto "Divertimento", 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Existieron y se multiplicaron; tuvieron hijas, tuvieron hijos los muñecos de palo; pero no tenían alma ni entendimiento

En seguida fueron aniquilados, destruidos y deshechos los muñecos de palo, y recibieron la muerte